Catorce

Andrea Larrieu

Catorce

Andrea Larrieu

Avant
editorial

Primera edición, noviembre de 2023
©Andrea Larrieu, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19970-36-7
IBIC: FF
DEPÓSITO LEGAL: M-32642-2023

A Karina Macció

Todo nos dijo adiós, todo se aleja.
La memoria no acuña su moneda.
Y sin embargo hay algo que se queda
y sin embargo hay algo que se queja.

Jorge Luis Borges, «Son los ríos»

1

Romina

Aun vacíos, los frascos de colonia se deslizan por la cinta, un suave movimiento se desprende de sus cuerpos vidriosos que los hace chocar contra las barandas. Cientos de frascos idénticos viajan en fila a la espera de recibir la pócima que los transformará en una colonia con aroma a rosas. Ingresan en la primera rueda, un brazo metálico les inyecta el líquido, completan la vuelta hasta la segunda rueda, donde recibirán la tapa cual una corona. Son cientos de frascos transformados en colonia que van llegando al final del trayecto. Allí los espera Romina.

No suelta la mirada, la mantiene clavada en los frascos que vienen hacia ella. Desde el último descanso, hace casi dos horas, no ha dejado de estar de pie en la misma posición —una columna sujeta al piso, que se eleva recta y firme—. Sólo mueve el brazo: lo levanta, toma el frasco, lo introduce en el cajón, vuelve a moverlo hacia la cinta para agarrar otro; así una y otra vez con un movimiento tan mecánico que se hace casi inevitable confundirla con un accesorio de la máquina.

Cada tanto parpadea para hacer descansar la vista un milisegundo, o mueve el otro brazo para acomodarse el barbijo humedecido que se le pega en los labios. Pero las producciones de su mente que navegan libres como parásitos microscópicos, la mantienen alejada de la rutina de su cuerpo, de aquella realidad enajenante: no tengo que

olvidarme de comprar el papel higiénico; que Lucho no me traiga mañana una mala nota porque juro que no va a fútbol; esta cofia de mierda me hace transpirar la cabeza, ¿no se dan cuenta de que estamos en verano? Cada día más amarrete este tipo…cuando estaba el señor esto no pasaba, nos compraban las cofias frescas, nos ponían el ventilador y nos daban un descanso. La guacha de la Mónica debe estar tomando mate mientras mira Tinelli, nadie se cree lo del marido enfermo, ese imbécil debe andar emborrachándose en algún bar.

Mientras tanto, los ojos siguen atentos, el cuerpo firme y el brazo en constante movimiento, como si estuviese enchufada a la máquina. Frunce la nariz, aspira y mantiene el aire un instante para entender el efluvio amargo que se ha filtrado entre la sutil y suave fragancia de rosas. Arquea las cejas, se le forma saliva agria en la boca, mueve la cabeza. « Ese olor no está bien», piensa. ¿Nadie lo siente?

—¿Dónde está Pícolo? —grita Romina sin sacar los ojos de la cinta.

—¿Cómo querés que sepa? Lo único que hago es ver estos frascos de mierda —contesta la compañera.

—¿No sentís un olor raro?

—No, no siento nada, ni siquiera los brazos. No jodas.

Romina parpadea dos veces seguidas y cree pensar que es por causa del humo que acompaña al olor tenue pero firme. No sabe si es sugestión, pero su olfato nunca le falla. Así descubrió que el mayor de sus hijos fumaba, la carne mala que le quiso vender el carnicero de la esquina, el perfume en la camisa de su primer marido.

—¡Roberto! —grita. Ya está preocupada.

—¿Para qué lo llamás? Dejalo en su oficina así no nos viene a joder.

—Carajo. —No puede ignorarlo. El pecho se hace un nudo que presiona hasta doler.

—No pasa nada, ya falta menos y nos vamos.

—Te digo que hay olor, Lucy. Cubrime. Tengo que ver qué pasa.

—Sí, dale. Vas a ver que no es nada. Te cubro, pero apurate que ya estoy cansada para seguir sola con estos frascos.

Romina ya no la escucha. El cuerpo se desenchufa y toma vida propia. Camina casi corriendo, mientras el olor se hace más nítido. Puta madre, algo se quema. Encuentra a Daniel observando la

máquina: acerca la mano, apenas toca el motor, la retira sobresaltado, mueve la cabeza como tratando de pensar mejor. Se da vuelta para mirar a Romina que le gritó su nombre. Ella ve en sus ojos el desconcierto del que no tiene la menor idea de qué hacer. Daniel apenas sabe prender la máquina y arreglar la cinta cuando se descompone. Ahora está petrificado frente al motor como si esperase un milagro o una inspiración divina que le sople al oído. ¿Por qué está él tratando de repararla? Recuerda que en el turno noche ya no hay mecánicos, «para eso están los operarios entrenados», dijeron los dueños cuando anunciaron los cambios en la línea de producción. Pero a Romina ahora eso no le importa. La máquina no se ve nada bien.

—¿Qué esperás para apagar esa cosa? —le grita a Daniel mientras le sujeta el brazo. No puede entender su falta de reacción.

—Pícolo me dio la orden de no apagarla. Ya no sé qué hacer, espero que aguante. —El muchacho trata de contener el cuerpo tembloroso que delata su preocupación. No entiende de mecánica, aunque puede darse cuenta de que la máquina no está bien. Quiere resolverlo, pero no tiene la menor idea de cómo, ni la autoridad para tomar la decisión. La frente exhala gotas de miedo contenido.

—¿Pero no ves cómo está? ¿Y si no aguanta qué? ¿No olés? ¿No olés que se está quemando algo?

—¿Qué querés que haga? Todavía no soy mecánico, no soy el forro del supervisor. Hablá vos con él.

—¡Usá la cabeza! Date cuenta y apagala de una vez o decime cómo y lo hago yo.

—Te podés calmar, no creo que no aguante. Tengo la orden…

—¿Estás loco?

Romina busca con la mirada a Roberto Pícolo. Lo encuentra en la oficina hablando por teléfono: un hombre encorvado por el peso de la decisión que no quiere tomar. Tiene el teléfono adherido a su oreja como si tratase de meterse dentro y desaparecer, recorre de un extremo al otro la oficina, mientras gesticula exasperadamente. Romina sabe que está hablando con el jefe e intuye lo que él le debe estar diciendo desde el otro lado del teléfono, desde su cama cómoda y fresca, irritado por haberlo despertado, o quizás no, quizás le hable desde una habitación de hotel, enojado por haber interrumpido el sexo que

estaba gozando con su joven amante, o desde una parrilla con sus amigos, molesto porque se le enfría la tira de asado.

Un ruido ajeno, como si alguien hubiese tirado un petardo, le hace girar la vista hacia la máquina: el hierro se ve rojizo, los cables parecen mordidos por una rata, y ese rugido que hace sacarle chispas al cableado.

—Roberto es un cagón, Rojas está en su casa garchando con la mujer, nosotros estamos acá. ¿No ves que eso va a reventar? ¡Apagalo!

—¡Romina! ¿Qué hace acá?

—Esta cosa está por explotar.

—No va a pasar nada. Me estoy ocupando de todo, vaya a la línea —la voz de Pícolo se sentía firme y calma, pero Romina notó el esfuerzo por controlarse, el tono levemente tartamudo, los ojos que se desviaban con nerviosismo hacia el motor.

El calor que aflora en sus mejillas le avisa que la paciencia se le está acabando. Ella no es la que está loca.

—¡Apagá eso de una vez, pibe!

—¡Usted siga ahí y vigile! Romina Ramírez, es la última vez que le digo que vuelva a su lugar —le ordena Pícolo.

Romina se siente una liebre desesperada presintiendo el terremoto que Pícolo se niega a ver, le desconcierta la obediencia ciega de Dani. No deja de estar alerta observando con recelo el motor: ruge, se sacude, tiembla. El sismo comenzará en cualquier momento. Ella lo presiente.

—Jefe, por favor, apague la máquina, nos vamos a freír. —Fue casi un susurro, un ruego, un intento por salvar lo inevitable.

—No sea exagerada, en diez minutos cuando termine la producción apagamos todo y nos vamos.

—No podemos esperar, no ve que no va a aguantar.

—Mire, le estoy dando una orden. Vaya a trabajar o se vuelve a su casa.

Romina le clava la mirada encolerizada. Un imbécil, un verdadero cagón imbécil. Aprieta los dientes, cierra los puños. Mira a sus compañeros que la observan incrédulos mientras siguen enchufados, mira el motor que aúlla. No va a aguantar diez minutos. Huir como una liebre asustada, seguir el instinto.

—¡Mierda! —grita. Mira hacia todos lados. Ahí está, la palanca, la salvación. Corre hacia allí, animada por el cóctel de pánico, enojo e impotencia que la invade. No escucha los gritos de Pícolo, ni el bramido del motor. No ve desde dónde llegan los brazos que la sujetan, que la empujan lejos, que la arrastran a pesar de sus ruegos, de su furia.

Uno, dos, tres, cuatro. Al quinto paso que le obligan a dar, Romina escucha una catarata de fuegos artificiales. Se detiene, cierra los ojos, ve a sus hijos. La están mirando. La miran con los ojos negros del padre, la miran desafiándola, con indiferencia, la miran tratando de ocultar la inocencia de la niñez, esperando el abrazo que rechazarán, la miran rogándole que no les suspenda el fútbol, deseando que los proteja de la crueldad del mundo, pidiéndole que les cocine, aunque sea unos fideos con aceite, la miran con el brillo de la felicidad por sus tortas fritas. Sus dos niños la miran asustados y ella los mira, con dolor, mientras ve cómo se desvanecen ante la explosión, cómo desaparecen entre las llamas que ya no la dejan ver.

2

Todos nos mirábamos incrédulos. Desde que el patrón se había muerto, se corrían varios rumores: van a cerrarla, yo lo vi, estaban inventariando la mercadería, haceme caso a mí, te digo que la van a vender; la Mechi vio un mail en la impresora, nos rajan a todos, esto es posta; se van a la quiebra y nos dejan en banda sin ver un peso, eso va a pasar.

Pero nada de eso pasó. No teníamos la menor idea de cuál sería nuestro destino y por eso estábamos preocupados pensando qué carajo anunciarían en la reunión. Éramos un ganado sin dueño que seguía yendo del campo al corral en orden, guiados por algún capataz también desorientado. Esperábamos recibir el hierro caliente sellando nuestra piel, la marca que nos daría la seguridad de pertenecer a un dueño, de cobrar a fin de mes, de tener un trabajo.

Estábamos en la sala, nos habían puesto una mesa con gaseosa y sánguches de miga. Los que éramos tímidos mirábamos los cuadrados de pan rellenos y no nos animábamos, los que éramos confianzudos agarrábamos uno con cada mano, los que éramos del sindicato nos quedábamos cerca de la puerta. Como siempre, los empleados de administración y marketing, llegaron a último momento, haciendo rancho aparte. Los jefes también vinieron, nos saludaron, charlaron un rato y después se acomodaron adelante.

La fila de sillas colmaban la sala como un cine de barrio. La jefa Paula nos mandó a sentar. Nos ubicamos donde más nos gustaba, divididos como siempre: los de producción, por un lado, los de calidad

por otro, los de mantenimiento en el fondo. Nos mirábamos, nos cruzábamos los ojos sin hablar, erizando la piel como animales temerosos.

Esperamos un buen rato. Nos hacíamos los desinteresados, pero las piernas movedizas nos delataban. Teníamos ganas de aplaudir, chiflar, de gritar que empezara de una vez la función. Y por fin comenzó. No se corrieron las cortinas del telón. En realidad, no había telón, pero sí una tarima como el púlpito del cura.

Ignacio Puente se adelantó y tomó el micrófono. ¿Y Márquez? ¿Por qué no está Márquez hablando?, nos preguntábamos.

—Hace mucho que no nos reunimos todos en el auditorio. Hemos pasado un tiempo difícil, desde la muerte de nuestro querido presidente señor Peña. Sabemos que muchos de ustedes tienen inquietudes respecto de lo que pasará. Es por ello que la conducción de la Empresa decidió organizar esta reunión. El licenciado Santiago Peña Irizábal va a hablar con nosotros y hará un importante anuncio.

Puente se corrió a un costado. Ahora nos mordíamos la lengua por no poder chusmear entre nosotros. ¿El hijo de Peña venía a hablarnos? ¿Ese corcho de botella de tres cuartos? ¿Ese que siempre se hacía llamar licenciado? Sí. El mismo en persona.

Santiago Peña Irizábal ingresó al salón. Igual de bajito que siempre, con un traje gris plateado, muy caro por cierto (lo notamos por lo brilloso de la tela) y una camisa blanca con dos gemelos de oro en la muñeca. Aunque nos molestara, estaba en su derecho de vestir así, tan distinto de nosotros. Después de todo, ahora era el dueño, quien nos empujaría a la calle, quien vendería nuestra querida empresa, quien la haría guita fresca para comprarse más de esa ropa lujosa. No tenía buena fama, los que tuvimos que soportarlo de compañero, nos quejábamos porque usaba los privilegios de ser «el hijo de», jamás se juntaba con nosotros. Marcaba la diferencia. Cuando el papá lo mandó a Europa a estudiar, respiramos aliviados. Cuando volvió como jefe, lo tuvimos que padecer.

Peña se paró sobre la tarima y bajó el pie del micrófono para que se acomodase a su altura. Tardó unos minutos en empezar. Durante ese tiempo nos miraba. Nos dimos cuenta enseguida de que le gustaba estar ahí. Una sonrisa soberbia y soberana le cubría la cara. Los ojos bien abiertos despedían una mirada que nos sometía involuntariamente.

—Estoy muy emocionado. Desde chiquito, cuando venía a visitar a papá a la fábrica, soñé dirigir la empresa junto a él. Lamentablemente no pude hacerlo, pero estoy convencido de su orgullo donde sea que esté. Seré claro. No voy a vender la empresa. Estoy decidido a continuar el camino que inició mi padre y posicionar a Fragancias Únicas en el *ranking of the top five national fragance*, como lo fuimos hace diez años atrás.

Nos liberamos, nos aflojamos, hasta sentimos que lo amábamos como a un Dios salvador que nos hablaba en un idioma que no entendíamos. Ni nos atrevimos a mirarnos, pero el murmullo de los suspiros disparados desde nuestras bocas, era suficiente evidencia del alivio que sentíamos. Todos largamos de inmediato aquella carga enorme de preocupación sobre nuestro destino que nos hacía caminar como jorobados.

Al parecer, no perderíamos nuestro trabajo.

—Lamentablemente, el último año pasamos por situaciones difíciles que nos dieron varios cimbronazos. La enfermedad de papá que no le permitió estar con la energía al ciento por ciento puesta en las decisiones de la firma, la crisis de liquidez en los Estados Unidos que provocó la caída de los mercados bursátiles con la consecuente crisis económica a escala internacional, provocando un coletazo económico en los países del tercer mundo y por ende en nuestra Empresa. Pero el potencial de Fragancias Únicas, con un mercado aun virgen que lo espera, con recursos para desarrollar, más el *know how* de nuestra gente, harán que podamos levantarla.

Peña volvió a callarse y a mirarnos, con los ojos firmes y brillosos, el cuerpo erguido, sin titubeos ni temblores, con una postura que irradiaba seguridad y poder. Un mesías. No nos importaba nada, que fuera agrandado, pedante, petiso, arrogante, falso, que nos observara desde aquella tarima que lo ponía por arriba nuestro, que hablara sobre la economía y que nos diera explicaciones con esas frases retorcidas que sólo entendían los jefes. Ya no escuchábamos todo ese discurso. Nos habíamos frenado en lo que más deseábamos que nos dijera, pero que creíamos que no iba a salir de su boca, lo único que nos interesaba a nosotros, los laburantes, los que dependíamos de este sueldo para mantener a la familia. La fábrica no cerraba, eso era lo que resonaba en nuestras cabezas. Tratábamos de disimular la excitación,

nos refregábamos las manos, tosíamos, enroscábamos las piernas en las patas de las sillas para no moverlas, estirábamos el cuello como si nos doliera, pestañábamos, respirábamos agitados esforzándonos para que no se sintiera el soplido. Aquellas palabras eran como fuegos artificiales anunciando los festejos, pensábamos en llegar a casa para dar la noticia, ya no tendríamos que buscar trabajo, ni preocuparnos por la guita a fin de mes. Deseábamos que la reunión terminara ya. No había otra cosa que nos interesara escuchar. Pero Peña retomó el discurso.

—Sin embargo, primero tendremos que hacer unos ajustes para poner los números al día. Tienen que estar tranquilos. No habrá despidos masivos, pero sí tomaré algunas medidas tendientes a establecer las directivas claras que necesitamos para retomar el rumbo. Cuento con ustedes para llevarlas a cabo.

Los gestos de asentimiento de algunos de nosotros eran reales, estábamos dispuestos a todo.

—Hoy les voy a anunciar la primera medida, la que tiene nombre y apellido. Ustedes verán que Emilio Márquez no vino hoy a la reunión, y no es casualidad. Emilio ha dejado de pertenecer a la Empresa.

Sentimos el silencio de las respiraciones contenidas, los insultos mascullados entre la saliva. Y no lo pudimos evitar, el murmullo brotó de nuestras gargantas, silbamos bajito los comentarios que nos retorcían las tripas. Habían rajado al señor Emilio.

—Muchos se van a sentir afligidos por esta noticia, pero sepan que partió con la frente en alto por todo lo bueno que le ha dado a esta empresa. La planta necesitaba otros aires y por eso he traído a una persona con mucha experiencia en el manejo de fábrica. Pronto lo van a conocer. La segunda medida es una reducción de costos importante que encararemos con el equipo directivo. Debemos ayudarnos entre todos y, como solía decir mi abuela, ajustarnos el cinturón.

Habían despedido a Márquez. Todos nos quedamos con esa parte y casi no escuchamos el resto. Muchos años estuvo como gerente de la planta. Le teníamos aprecio, era rígido, pero se podía hablar con él y se preocupaba por nuestro bienestar.

—Quiero también anunciarles que esta tarea la llevaré a cabo en conjunto con mi hermano Camilo. Hoy no pudo venir, pero asumiremos juntos la conducción.

Por un momento nos olvidamos de Márquez. ¿Camilo va a trabajar? Lo habíamos visto entrar y salir de la empresa, ocupar una oficina grande en el piso de la de su padre, cuando no estaba viajando por algún lugar del mundo. Nos habíamos enterado de que se fue unos años a estudiar a Estados Unidos, pero todos sabíamos que a él sólo le gustaba disfrutar del dinero de la familia.

—Ahora muchachos, ¡a trabajar! Nos espera una ardua labor.

Nos levantamos y salimos en silencio. Ignacio Puente se acercó a conversar, nos dijo que nos quedáramos tranquilos, que era una buena noticia, que todo iba a andar bien. Sus empleados de producción sabíamos que no estaba tan contento, el puesto no se lo habían dado a él y se lo merecía.

Cruzamos la puerta, y mientras íbamos a nuestros sectores de trabajo, comentábamos lo que había pasado, excitados, asombrados y algo tristes, pero aliviados.

La fábrica continuaba.

3

No puedo creer lo que hizo. ¡Un hijo de puta! ¡Un reverendo hijo de puta! Eso es lo que es.

Dejame que me descargue, dejame putearlo. Se lo merece. La madre tiene la culpa, ella lo hizo así. El padre era un buen tipo. Esa cogotuda que se cree una mina del jet set, qué rápido se olvidó que nació en un barrio pobre, que el viejo era operario y la madre una mucama que se rompió el culo para que la señorita tuviese educación…, sí, una villerita como nosotros, eso era, y crio a ese monstruo hijo de puta.

¡No me pidas que no grite! Voy a gritar todo lo que se me canta. Que Pedrito me escuche, que sepa lo que hicieron, que se vuelva hombre de una vez, así no se deja forrear como lo hicieron con su madre.

¿Qué estoy colorada? ¿La cara? Ojalá reviente de la presión, así exploto y me voy con ellos.

¿Cómo querés que agradezca que estoy viva? Preferiría estar en el cajón a tener este dolor y este odio que me va matando de a poco.

¡Aaarg!

¡Dejá de levantar las cosas, las voy a volver a revolear!

No me digas «Moni, hija, calmate», ¡no me pienso calmar! ¡No entendés que están muertos! Todos, todos mis compañeros. No me quedó ninguno del turno. Alcanzame la caja de pañuelos que estoy llena de mocos. La Romi, mi amiga, ¿entendés? Mi única amiga. Vos la querías como a otra hija. La Lucy, Pedro, Pascual, Domínguez, el Rengo, Dany, hasta el cabrón de Pícolo, Cata, Díaz, el Chino, Juan, el

Pelado. Los catorce se murieron. No, se frieron, como si fueran ramas, hojas, pedazos de tronco, que ese forro decidió quemar.

¡No! No me hace bien llorar, lloro porque los extraño, porque así junto bronca y odio para hacerlo mierda a él y a todos los que lo rodean, porque no voy a parar hasta verlos parir por lo que hicieron. Tendría que estar muerta, frita, y por culpa del Rubén hoy estoy acá, sola. Para colmo, el muy forro se calienta conmigo y me deja en banda para ir a chupar con los otros vagos. Yo tendría que estar emborrachándome.

Ya sé, vieja. Ya sé que Pedrito me necesita, pero también Lucho y Mate necesitan a Romi, y yo también la necesito. ¿Te conté que Pascual se jubilaba a fin de mes? Iba a dejar de trabajar, ya se había acostumbrado a la idea, Romi estaba recolectando unos pesos para hacerle un regalo, y nos íbamos a juntar en lo del turco al final del turno, una fiesta de despedida le íbamos a hacer. ¿Y el Pelado? se había metido en un préstamo para llevar a la Mari a Bariloche, ella no conocía la nieve. Una injusticia.

¿Sabías que Dany cumplía el jueves veintiún años? La misma edad que tiene tu nene, ¿te das cuenta? El pendejo del turno, los guachos lo volvían loco, pero él era un pan de dios, un buen chico, laburador como pocos a su edad, el padre era un borracho que lo rajaban de cuanta changa conseguía, y él laburaba para ayudar a la vieja, cinco hermanos menores tenía. La Julia ¡dios! Me olvidé de ella. La pobre me reemplazó en el turno. Yo la maté, el Rubén la mató, tenía que enfermarse justo ese desgraciado. Mirá qué rápido se curó. Esto no me lo voy a perdonar.

¿Un accidente? No tenés idea de lo que decís. Soy operaria, pero no ignorante, vos me hiciste estudiar. Puedo pensar y vi lo que hicieron. Ellos son los culpables. Debimos parar la fábrica, hacer un piquete, una huelga, debimos hacer algo, los del sindicato debieron hacer algo, ladrones. Ahora ya no se puede.

Andate, dejame sola mejor, sino me la voy a agarrar con vos. Andá a ver a tu nieto que debe estar asustado. Si no me calmo, cuando venga el Rubén mamado, me va a echar en cara que estoy así por laburar, va a querer que renuncie y yo le voy a contestar, no me voy a callar. Hoy no estoy para aguantarlo. Andá a ver a Pedrito, leele un cuento, pedile perdón, decile que mami va a estar bien.